

POR LA AUTORA DE *ROMPER EL CÍRCULO*

TAL VEZ NUNCA

COLLEEN
HOOVER

SERIE TAL VEZ, 2

booket

Colleen Hoover

Tal vez nunca

Serie Tal vez, 2

Traducción de Lara Agnelli



1

Estoy convencido de que estoy conectado directamente con el infierno a través de un interfono, y que el zumbido de mi alarma sale directamente de allí, donde suena una y otra vez para acallar los gritos de las almas en pena.

Precisamente por eso nunca mataré a nadie; sería incapaz de vivir escuchando ese sonido durante toda la eternidad. No lo soporto ni siquiera durante cinco segundos.

Alargo la mano y paro la alarma, odiando la perspectiva de un nuevo día en este trabajo de mierda. Odio tener que hacer de camarero para poder pagarme las clases. Y menos mal que Ridge hace la vista gorda con el alquiler a cambio de que me ocupe de gestionar los asuntos de la banda. De momento voy tirando, pero...

«Joder, odio las mañanas.»

Estiro los brazos y, llevándome las manos a los ojos, me los froto para quitarme el sueño de encima. Cuando los dedos entran en contacto con los párpados, durante un instante me temo que mis pesadillas se han hecho realidad y estoy ardiendo en el infierno, porque...

«¡MIERDA! ¡Hijo de puta! ¡Lo voy a matar!»
—¡Ridge! —grito.

«Joder, ¡cómo quema!»

Me levanto, tratando de abrir los ojos, pero me escuecen demasiado y no me sirve de nada. Es la trampa más vieja del mundo..., ¿cómo he podido caer en ella... otra vez?

«Joder, ¡cómo duele!»

No encuentro los calzoncillos, así que voy dando tumbos hasta el lavabo para quitarme la salsa tabasco de los ojos y las manos.

Cuando encuentro el pomo de la puerta, la abro dando un portazo y me dirijo directo al lavamanos. Me parece que una chica está chillando, aunque también podría ser *yo* el que gritara.

Ahueco las manos debajo del chorro de agua y me las llevo a los ojos, enjuagándolos una y otra vez hasta que dejan de escocer tanto. Pero en cuanto afloja el dolor de los ojos, empiezo a notar otro, en el hombro, porque alguien me está dando golpes sin parar.

—¡Largo, perverso!

Ya más despierto, compruebo que, efectiva-

mente, era una chica la que gritaba; la misma que ahora me está pegando. En *mi* baño.

Cojo una toalla para las manos y me cubro los ojos con ella, mientras me protejo de sus puñetazos con el codo.

—¡Estaba meando, cabrón asqueroso! ¡Fuera de aquí!

Mierda, pega con ganas. Todavía no le veo la cara, pero sé reconocer unos buenos puñetazos sin necesidad de verlos. Por eso le agarro las dos muñecas, para impedir que siga con su asalto.

—¡Deja de pegarme! —Esta vez soy yo el que grita.

La otra puerta del baño, la que lleva al salón, se abre de repente. El ojo izquierdo me empieza a funcionar, y me informa que es Brennan el que la ha abierto.

—¿Qué demonios pasa aquí?

Se acerca a nosotros, hace que le suelte las muñecas a la chica y se sitúa entre los dos. Yo vuelvo a llevarme la toalla a los ojos y los cierro con fuerza.

—¡Ha entrado sin avisar mientras meaba! —responde ella, a gritos—. ¡Y está desnudo!

Abro un ojo y miro hacia abajo. Pues sí, efectivamente, estoy completamente desnudo.

—Por Dios, Warren, ponte algo encima —me reprocha Brennan.

—¿Y cómo iba a saber que alguien me atacaría en mi propio baño? —replico, señalándola—.

¿Y por qué demonios está en mi baño, si puede saberse? Si es tu invitada, que use el tuyo.

Brennan levanta las dos manos inmediatamente, en un gesto defensivo.

—No ha pasado la noche conmigo.

—Qué asco —murmura la chica.

Aún no entiendo por qué a Ridge le pareció que alquilar un piso de cuatro habitaciones sería buena idea. Aunque uno de los dormitorios sigue libre, hay demasiada gente en la casa. Sobre todo, me sobran las invitadas que no saben qué baño le corresponde a cada uno.

—A ver —digo, empujándolos a los dos hacia la puerta que comunica con el salón—. Este es mi baño y me gustaría usarlo. Me da igual dónde o con quién haya dormido, pero que use tu baño. Este es para mí.

Brennan levanta un dedo y se vuelve hacia mí.

—De hecho, este es un baño compartido entre tu habitación y aquella. —Señala hacia la puerta del otro dormitorio—. Y la nueva ocupante de esa habitación es... —Señala a la chica—. Bridgette, tu nueva compañera de piso.

Me quedo inmóvil.

¿Por qué ha dicho que es mi nueva compañera de piso?

—¿Qué quieres decir? A mí nadie me ha preguntado si quería otro compañero de piso.

Brennan se encoge de hombros.

—Con lo que pagas de alquiler, diría que no tienes ni voz ni voto en esas cosas.

Brennan sabe que no pago alquiler porque me ocupo de gestionar los asuntos de la banda, pero es verdad que Ridge lo paga casi todo, así que me temo que no le falta razón.

Esto no me gusta nada. No puedo compartir baño con una chica; sobre todo con una chica que pega esos rechazos. Y especialmente con una chica con tanta piel bronceada.

Aparto la mirada. No soporto que esté buena. Y no soporto su color de pelo; me gusta demasiado su melena larga, de color castaño claro. Para acabar de empeorar las cosas, lleva el pelo recogido, así, un poco a lo loco.

«¡Me cago en la puta!»

—Bueno, bueno. Ha sido muy divertido, un momento de esos que forjan amistades —comenta Bridgette, acercándose a mí antes de darme un empujón en los hombros que me hace retroceder hacia mi dormitorio—. Pero ahora espera tu turno, compí de piso.

Me cierra la puerta en las narices y vuelvo a estar en mi habitación. Todavía desnudo. Y tal vez un poco humillado.

—Tú también sobras —le dice a Brennan, justo antes de cerrar la otra puerta, la que lleva al salón. Unos instantes después, abre el agua de la ducha.

Está en la ducha.

En *mi* ducha.

Probablemente ahora mismo se esté quitando la camiseta, tirándola al suelo, bajándose las bragas...

«Estoy jodido.»

Este piso es mi refugio, la cueva donde puedo ser un troglodita. El único lugar donde mi vida no está dirigida por mujeres. Mi jefa es una mujer, todas mis profesoras son mujeres y mi madre y mi hermana son obviamente mujeres. En cuanto Bridgette se adueñe de mi ducha y la llene de champús de chica, maquinillas de afeitar y esas mierdas, estaré jodido de verdad. ¡Esa es *mi* ducha!

Me dirijo a la habitación de Ridge y le doy al interruptor un par de veces para avisarlo de que voy a entrar. Es sordo y no me oye, por muy fuerte que llame a la puerta o que camine dando zancadas indignadas, como un niño que está a punto de delatar a su hermano pequeño.

Enciendo y apago la luz un par de veces más y luego abro la puerta. Ridge se está levantando, apoyándose en los codos. Está aún medio dormido, pero al ver mi expresión enfadada se echa a reír, pensando que vengo a quejarme de la broma del tabasco.

Odio haber picado. Duermo profundamente y nunca me entero cuando me gastan esas bromas, joder.

—No ha tenido gracia —le digo, usando la lengua de signos—, pero no he venido por eso. Tenemos que hablar.

Él se sienta en la cama, alarga el brazo y ladea

el despertador para ver qué hora es. Luego se vuelve hacia mí, molesto.

—Son las seis y media de la mañana —me dice, también mediante signos—. ¿De qué coño quieres hablar a las seis y media de la mañana?

Señalo en dirección a la habitación de la nueva inquilina.

«Bridgette.»

Odio su nombre.

—¿Has dejado que una chica se instale con nosotros? —Hago el signo que corresponde a compañero de piso y sigo protestando—. ¿Por qué demonios has tenido que invitar a una chica a vivir con nosotros?

Ridge signa el nombre de Brennan.

—Es cosa suya. No creo que hubiera aceptado un no como respuesta —añade.

Me echo a reír.

—¿Desde cuándo le importan las chicas a Brennan?

—Te he oído —dice Brennan, a mi espalda—. Y también he visto los signos.

Me vuelvo hacia él.

—Pues muy bien; responde a la pregunta.

Él me mira mal y luego se vuelve hacia Ridge y le dice:

—Duerme. Yo me ocupo del crío. —Con un gesto me indica que lo siga al salón—. ¿Cuántos años tienes? ¿Cinco? —añade, apagando la luz del dormitorio de Ridge.

Me cae bien Brennan, pero nos conocemos desde hace tanto tiempo que a veces siento que es mi hermano pequeño. Un hermano pequeño tocapelotas al que le parece buena idea invitar a mujeres a compartir piso con nosotros.

—Sólo serán unos meses —me aclara, dirigiéndose hacia la cocina sin detenerse en el salón—. Está pasando por un mal momento y necesita un sitio donde vivir.

Lo sigo hasta la cocina.

—¿Desde cuándo somos un albergue social? Pero si ni siquiera dejas que las chicas se queden a pasar la noche contigo cuando acabáis. Y mucho menos que se vengan a vivir aquí. ¿Te has enamorado de ella o algo? Porque, si es eso, has tomado la peor decisión posible. Te cansarás de ella en una semana. ¿Y luego qué?

Brennan se vuelve hacia mí y alza un dedo con parsimonia.

—No es eso, ya te lo he dicho. No estamos juntos ni lo estaremos nunca. Pero esa chica es importante para mí; está atravesando una mala racha y vamos a echarle una mano, ¿vale? —Saca una botella de agua de la nevera y la abre—. No será tan grave. Va a clase y trabaja a jornada completa, así que no estará casi nunca en el piso. Ni te enterarás de que está aquí.

Suelto un gruñido de frustración y me paso las manos por la cara.

—Fantástico —refunfuño—. Justo lo que

necesitaba: una chica que se adueñe de mi baño.

Brennan pone los ojos en blanco y sale de la cocina.

—Es un baño, Warren. Te estás comportando como un niño.

—¡Me ha pegado! —exclamo, en mi defensa. Brennan me mira con la ceja alzada.

—A eso me refiero. —Entra en su habitación y cierra la puerta.

Oigo que el agua deja de correr en el baño y se abre la cortina de la ducha. Cuando se cierra la puerta de su dormitorio, me dirijo al baño. *Mi* baño. Trato de abrir la puerta de acceso desde el salón, pero está cerrada por dentro. Voy hasta mi habitación y trato de entrar por ahí, pero la puerta también está cerrada por dentro. Salgo de mi habitación y entro en la suya. La veo un momento antes de que ella grite y se tape con la toalla.

—Pero ¿qué te has pensado? —Coge un zapato del suelo y me lo lanza. Me da en el hombro, pero ni me inmuto. Sin hacerle caso, me dirijo al baño, entro y cierro de un portazo. Me apoyo en la puerta, corro el pestillo y cierro los ojos.

«Mierda, está buena.»

¿Por qué tiene que estar buena?

Sólo la he visto un momento, pero... se depila.

«Por todas partes.»

Ya es bastante jodido tener que compartir baño con una chica, pero es que voy a tener que com-

partirlo con una tía buena. Una tía buena que tiene muy mala leche. Una tía buena con un bronceado perfecto y una melena tan larga y espesa que le cubre los pechos, aunque esté mojada y...

«Mierda, mierda, mierda.»

Odio a Brennan. Odio a Ridge. Pero al mismo tiempo los adoro por haberme hecho esto.

Tal vez tenerla como compañera de piso sea bueno después de todo.

—¡Eh, capullo! —me grita desde el otro lado de la puerta—. Me he acabado el agua caliente. ¡Disfruta de la ducha!

«O tal vez no.»

Me dirijo a la habitación de Brennan y abro la puerta con decisión. Él se está haciendo la maleta y ni me mira mientras me acerco.

—¿Qué pasa ahora? —me pregunta, enfadado.

—Tengo que preguntarte algo y necesito que seas totalmente sincero conmigo.

Suspirando, se vuelve hacia mí.

—¿Qué quieres saber?

—¿Te has acostado con ella?

Me mira como si fuera idiota perdido.

—Ya te he dicho que no.

Odio que esté actuando con tanta madurez y serenidad, porque su reacción hace que me sienta inmaduro. Y hasta ahora, Brennan siempre ha sido el inmaduro del grupo. Desde que conozco a Ridge...

«Dios, ¿cuánto hace de eso? ¿Diez años? Yo tengo veinticuatro; Brennan, veintiuno... Exacto, diez años.»

Hace una década que somos amigos y esta es la primera vez que me siento inferior a Brennan.

No me gusta. Yo soy el responsable. Bueno, no tanto como Ridge, obviamente, pero es que nadie lo es. Me encargo de llevar los asuntos de la banda de Brennan y lo hago de puta madre. ¿Por qué soy incapaz de controlar mis reacciones ahora mismo?

Ya, sí, por eso.

Me conozco y sé que, si no logro que la nueva compañera de piso se largue ahora mismo, lo más seguro es que me enamore de ella. Y si voy a enamorarme de ella, necesito estar seguro de que Brennan no lo está.

—Tienes que ser muy sincero, porque creo que puedes estar enamorado de ella. Necesito que me digas que no lo estás, porque creo que me apetece besarla. Y tocarla. Mucho. En plan, por todas partes.

Brennan se lleva las manos a la frente y me mira como si me hubiera vuelto completamente loco. Retrocediendo varios pasos, me dice:

—Pero ¿tú te estás oyendo, Warren? En serio... ¡Joder, tío! Hace tres minutos me estabas gritando porque la odiabas y no querías verla por aquí y ahora me dices que quieres besarla. ¿Eres bipolar o qué?

Razón no le falta.

«Dios, ¿qué me está pasando?»

Recorro la habitación de un lado a otro, buscando una solución. No puede quedarse aquí. Pero quiero que se quede. No puedo compartir el baño con ella, pero la verdad es que no quiero que lo comparta con nadie más. Al parecer soy un pelín egoísta.

Dejo de caminar frenéticamente y me vuelvo hacia Brennan.

—¿Por qué tiene tan mala leche?

Brennan se acerca a mí y, pausadamente, apoya las manos en los hombros.

—Warren Russell, tienes que calmarte; me estás empezando a preocupar.

Sacudo la cabeza.

—Lo sé, lo siento. Es que..., no quiero dejar entrar en mi vida a una chica con la que estés liado, por eso necesito que seas sincero conmigo, porque nos conocemos desde hace demasiado tiempo para dejar que algo así se interponga entre nosotros. Pero no puedes lanzarme encima a una chica como ella y no esperar que me vengan los pensamientos que me vienen, porque acabo de verla desnuda y ahora ya no puedo pensar en nadie más; en nada más. Me ha dejado inútil total. En siniestro total. Esas ropas que lleva esconden un cuerpo perfecto, joder... —Alzo la cara hacia él—. Sólo quiero asegurarme de que no voy a pisar terreno de nadie cuando tenga fantasías con ella esta noche.

Brennan se me queda mirando mientras le da vueltas a mis palabras. Me da un par de golpecitos en el hombro y vuelve a centrarse en la maleta.

—Tiene muy mala leche, Warren. Probablemente es la chica con más mala leche que he conocido en la vida. Así que, si te mata mientras duermes, no digas que no te lo advertí. —Baja la tapa de la maleta y cierra la cremallera—. Necesitaba un lugar donde vivir una temporada y nosotros teníamos una habitación vacía. Comparadas con su vida, la de Ridge y la mía resultan privilegiadas, así que no le toques las narices.

Me siento en el borde de su cama. Trato de ser comprensivo, pero el gerente comercial que llevo dentro se muestra escéptico.

—¿Te llamó así, por las buenas, y te pidió si podía venirse a vivir contigo? ¿No te parece un poco sospechoso, Brennan? ¿No crees que su actitud puede tener algo que ver con que la banda al fin se esté haciendo famosa?

Brennan me mira mal.

—No es una aprovechada, Warren, créeme. Y puedes entrarle si quieres, no me podría importar menos.

Se dirige a la puerta y coge las llaves que están sobre la cómoda.

—Volveré la semana que viene, después del último concierto. ¿Has reservado las habitaciones de hotel?

Asiento con la cabeza.

—Te he enviado por correo todos los códigos de confirmación.

—Gracias —me dice, mientras sale de la habitación.

Me dejo caer de espaldas sobre la cama. Me da mucha rabia que Brennan no esté interesado en ella, porque eso significa que no es terreno vedado.

Tenía la esperanza de que lo fuera.

Pero entonces sonrío, porque no lo es.